



El hijo del esfuerzo

Carlos E. Macías Díaz

No sé en qué momento empecé a construir esta versión de mí. Sólo sé que olvide de preguntarme quien en verdad era y asumí el papel que se suponía que todos esperaban de mí.

Inquebrantable
Fuerte
Resistente
Disciplinado
Rudo

He actuado toda mi vida como si tuviera que estar preparado para cada adversidad y cuando algo me toma por sorpresa mi modus operandi se limita a afrontarlo con una falsa sonrisa y un tono ácido para despistar el desmoronamiento emocional que vivo en mi pecho; es como si mostrar la fisura me condenaría a perderlo todo.

Desde que tengo memoria me dijeron que había que ser bueno en todo, y justo me acostumbre a ser respetado por lo que hago más no por lo que soy, me acostumbre al argumento de que si bajo la guardia... sería fácilmente reemplazable y descartable.

Y esta es la génesis de una de las adicciones más despreciables que adquirí... soy un drogadicto, un vil adicto al reconocimiento externo, a los halagos más superficiales y sin duda alguna esa droga lleva por nombre la VANIDAD "la droga favorita del diablo".

Y el dolor, un entrenamiento sin dirección.

Y el silencio, una armadura pesada.

Hay un grito que quiere salir dentro de mí, no sé si este grito se hace más fuerte por el cansancio o por fin la lucidez está llegando a mi errado ser, ese grito exclama ¡ALTO!

Por primera vez en mi vida no busco reconocimiento o redención, busco mi propio camino en la vida, quiero poder abrazar mi vulnerabilidad sin sentir que le estoy fallando a alguien, quiero poder amarme a pesar de no tener una medalla alrededor de mi cuello, quiero corresponder al amor sin volver a traicionar a quien en verdad me abre su corazón. Quiero descubrir quién soy en verdad, sin ataduras superficiales.

Soy un prisionero, mi cárcel es el odio que siento por quien en algún momento apago la ilusión del niño soñador; mis cadenas son mi ego, mi lujuria, mi materialismo. Quiero ser mi juez y sentenciarme a romper la pared que construí para no sentir, para no sentir dolor y sobre todo para no enfrentar mi dolor. Esa es la única sentencia que necesito.

Esa liberación implica el dejar de sufrir para merecer amor, implica el contestar a las incógnitas que me atormentan por las madrugadas ¿Quién soy si no soy el campeón? ¿Soy menos hombre por llorar? ¿Son todas esas abstracciones lo que conforman a Carlos? Mientras tanto soy la voz que quiere gritar, soy un pájaro que aún no vuela, no soy nada y a la vez lo soy todo porque soy posibilidad de cambiar.